



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9040

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cambartín, 61, y J. Jones, Faubourg-Montana tres, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE COBRO EN EXCLUSIVO EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 24.—

Anisado de Naranja y Aguardiente Catalán «Flor de anis»

MARCA «FARELL»

Altamente recomendables para la bebida por sus virtudes digestivas y sabor agradable.

De venta en las principales botillerías, cafés, colmados y confiterías, y en la misma fábrica, Carmen 54, Barcelona.

Representante exclusivo para las provincias de Albacete y Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, prol., Cartagena.

MARTES 15 DE DICIEMBRE DE 1891.

CORREO DE SEÑORAS.

(CARTA A ROSA MON.)

Con mucho gusto recibí tu carta, pues á mi a'or propio de cronista de modas halaga sobre manera ver que tengo lectoras tan ávidas y discretas como tú y dándote pruebas de que aprecio en lo muchísimo que vale la atención que concedes á mis escritos, voy ahora á contestar á ciertas observaciones que en la tuyas me diriges, pues ni un momento quiero quedar bajo su peso.

Y empezaré por darte la razón de los extremos que abarcan mis revistas. Dedúcese de tu carta, que te chispearon con los descriptores prendas que podes de mis lectoras tendrán, regularmente en sus armarios. Muy en su lugar estaría la observación si yo únicamente pretendiera con mis revistas un fin práctico y utilitario: pero no es solo ese el fin que yo persigo. Muchas veces, al pasar por casa de Escolar ó de Ansoarena, no has visto agru padas ante los lujosos escaparates y espléndidas vitrinas, una porción de personas que ni calcular pueden el precio de uno de aquellos cortes de vestido ó uno de aquellos aderezos de brillantes que miran con tanta atención como si fueran á comprarlos? Claro que no están allí por el interés de la adquisición pues ni sueñan en adquirirlos; retiénelas ante ellos la curiosidad, el deseo de ver lo que otras mujeres más ricas ostentan y lucen, dándose con esto solo una satisfacción, la misma que siente el que pasa por delante de Lhardy y mira aquella porción de manjares y platos cuyo nombre desconoce.

Pues así son—ó quiero yo que sean—mis revistas: á modo de escaparate vistoso en el cual, y cada ocho días, coloco yo el figurín de última moda, según sale confeccionado de los talleres más famosos de París; unos días visto al marqués con traje de boda, otros con trajes de baile, otros con disfraz de máscara; á veces, sin traje alguno, porque las prendas interiores también tienen su interés, y también excitan la curiosidad.

Y como de la mano me siento traído á examinar otro punto de tu carta. No te conozco, ni de nombre; no sé quien eres, pero permítame que no te juzgue por lo que se desprende de tu carta. Como! Tú crees que no se debe hablar de la ropa blanca? Extrañas que las se-

ñoras se preocupen de sus prendas interiores! ¡Crees propio solo de bailarinas el tener medias de color distintos para cada traje, y cambiárselas, por tanto! Según se vaya al teatro, ó á paseo, á visitas ó á un baile?... Pero de dónde sales mi querida Rosa Mon? A fe que si tu filiación de mujer discreta no estuviera bien sentada, tomarfate cualquiera por una persona que no sabe vestirse ni interior ni exteriormente.

¿Qué para quién se viste una mujer interiormente? Pues, para sí misma. ¡Tan pocas concesiones hacemos á la sociedad y las conveniencias, que te parece mucho que guardemos para nosotras esa satisfacción! Si solo lo que se ve hubiera de ser bonito y elegante, no faltaría quien llevara la ropa interior mal cortada, mal cosida, y seguramente que tú no eres de esas.

A erigir en sistema tu opinión, radiós, tiendas lujosas, las más lujosas de Madrid, en que se confeccionan artículos interiores! Adiós riquisimos, encajes valenciennes, que solo para camisas, enaguas y chambras se usan! los corsés podrían ser de los de á tres pesetas; las medias, las antiguas calcetas de aguja que hacían punto á punto nuestras abuelas á la luz del velón de cuatro mecheros. Con cuidar algo del vestido, y un poco menos las botas «que no se ven tanto» bastaba.

Para probarte lo equivocada que estás, y lo ligero de tus juicios, mira lo que describiendo un «trousseau» confeccionado para una boda que hace poco se verificó en París decía un revistero de modas: «Batas, abrigos, sombreros, multitud de «toilettes», todo se veía allí en profusión, siendo de notar los progresos del lujo hasta en los menores detalles, pues ya los corsés que tan costosos se hacían con los sobrios rasos y los riquisimos encajes con que se confeccionaban, lucen ahora la novedad de ser de brillantes y oro los corchetes con que se sujetan las enaguas y las faldas».

Según tú, nada tienen que hacer en los corsés el oro ni los brillantes, pues no es de suponer que los padres de la novia, al encargarse «trousseau» hayan querido hacer una ofensa á su hija.

Ya ves, querida amiga, que una mujer puede tener mucho gusto en usar ropa blanca muy elegante, sin tener que bailar en el teatro y, respecto á medias te diré, que para la calle no se llevan más que medias negras y para baile (y no la cama, como tú entendistes, por mala expli-

cación mia), de seda y encajes y con trajes de sociedad de seda del color del traje; dices que es una tarea horrible el estar todo el día con los pies en las manos mudándose las medias, así me lo parece á mi también, pero seguramente las señoras que se toman esos trabajos de vestirse muchas veces durante las 24 horas del día, tendrán compensaciones que nosotras no sospechamos; y ya que hemos aclarado lo de las medias, te diré que para dormir, con una camisa muy larga que llegue al suelo se está perfectamente y miel sobre hojuelas si está adornada con encajes y cintas, pues todas estas cosas se usan más que «por parecer bien, para no parecer mal.»

Queda, pues, de tu carta, solo un argumento que ya está contestado al principio de la presente: «Las mujeres y las hijas de los militares no han de usar esas prendas costosísimas... Si yo las describiera con la pretensión de que las compraran, tendrían razón; pero como mis «correos de señoras son revistas de modas,» no manuales prácticos para uso de la clase media. Digo y cuento lo que sé de trajes, sombreros, abrigos, joyas, etc., etc., porque creo que las mujeres siempre leen con gusto esas cosas. Si hubiera de escribir yo describir más que los trajes de una señora sencilla y que duerme toda la noche como un tronco, bien pronto acabaría mi misión.

Compra, te diría, unos zapatos de tres duros, becerro mate y bonitos (porque eso se ve); vestido de paño de invierno ó de lana en verano completamente liso, abrigo de seis ó ocho duros, un sombrero de cinco ó seis, medias negras de hilo de Escocia de tres pesetas, guantes de 3'50, camisas de diez pesetas, falda interior de satén de 20 pesetas, pantalón de cinco y chambra de otras cinco, corsé de tres ó cuatro duros; con este traje y este modesto presupuesto se puede ir muy elegantita y como nada podría añadir para vestir de este modo más que el cambio de forma, mis correos terminarian con dar la nota de las hechuras al principio de cada estación.

Me he extendido más de lo que pensaba y dejaré para otro domingo la descripción de modelos para abrigos, vestidos, etc., etc., y concluiré recordándote unos versos que que no sé de quien son pero que dicen:

Siempre que el dinero sobre,
la ostentación justifico,
pues con el lujo del rico,
enciende el hogar el pobre.
Tu apasionada,

PICCIOLA.

VARIEDADES

NARICES PROGRESISTAS

Esto no es un artículo político. Respeto cuantas opiniones concemos y podemos conoquer. Reconozco igualmente el derecho de pernada que el «patalejo» y el

derecho á la libre omisión del pensamiento que al uso de narices de forma torcida.

La autonomía empieza en el reconocimiento de los derechos individuales y termina en el de la desamortización de las narices.

Hasta hoy, aun cuando se reconociera tal derecho, nadie se había atrevido á tocar la nariz, impunemente, al prójimo.

El que nacía chato, se resignaba con usar el anteproyecto de guardilla que le había tocado en suerte.

El narigudo llevaba con paciencia el peso diario que le había asignado la naturaleza.

El romo pasaba y moría sin asomar más que la punta de la nariz, que más parecía dedo pulgar de niño chiquito.

La mujer hermosa, pero de dos narices, como cierta clase de perros, que las hay, no podía enmendar tanta exuberancia de agujeros.

La ciencia, que allana dificultades, y el progreso, que vence obstáculos, han conseguido un triunfo inverosímil.

Un doctor en cirugía, americano de nacimiento y por afección, ha lanzado en Nueva York el grito de reforma.

«La nariz libre en la fisonomía libre.»

El mencionado facultativo operador se compromete á echar narices nuevas á los individuos que las quieran.

Esta perturbación en el «orden físico» de las criaturas, ha excitado en aquel país admiración y espanto al mismo tiempo.

Esto, en las personas finidas.

Algún filósofo «zaguro» teme que el progreso nos lleve á la fabricación del hombre por el mismo procedimiento que se fabrica un salchichón ó una butifarra regionalista.

¡Qué horror!

¡Ver en los escaparates de algunos establecimientos, cortes de señora y de caballero, como ahora los vemos de chaleco y de pantalón!

Sin embargo, este es el sueño dorado de un sujeto de mi vecindad.

«Cortes de persona!—Cabezas «garnies», como las de los jaballos! ¡Despojos de Obispo sufragáneo y de niño y mujer «in partibus!»

Y cuando dice estas cosas traga saliva, no sé si por exceso de billa ó por natural espanto de sí mismo y de sus ideas.

Verdad es que cuando no «lo prueba» es un hombre pacífico y casto de bien.

El doctor americano ha realizado ya varias restauraciones de narices vulgares, convirtiéndolas en narices de personas notables.

Como hay tal variedad de gustos en eso de las narices, el profesor tiene muestras ó modelos diversos, por tamaños y épocas, para que escojan los clientes.

Hay quien quiere nariz romana. Llega, escoge el modelo entre los de Julio César, Apolo, Claudio Constantino y Tito.

Y con arreglo al modelo se arregla el doctor, en media de un cuarto de hora, todo es asunto de bisturí y zulo, sin que se sienta nada.

Patrones de nariz griega y de nariz greco-latina, de árabe, inglesa, española, gótica ó bastardilla, también tiene el prodigioso restaurador de la fisonomía humana.

No faltan señoras caprichosas que desean usar narices iguales á las de algunas amigas.

El doctor pide permiso á la modelo para «tomarla la nariz» en escayola, y á este patrón sujeta la de su cliente.

Varias señoras se han reformado ya dos veces las narices.

Entre los casos curiosos que registra el cirujano supradicho en su libro de operaciones, figura el de un Diputado norteamericano, fuensamente rico, y aún más narigudo que rico.

El doctor le preguntó: «¿Cómo va á ser?»—lo mismo que los peluqueros en nuestro país.

Y el hombre respondió: «Pues reduciría un cincuenta por ciento.»

«¿No quedará pequeña?»

«Aunque parezca nariz de recién nacido, corte usted, que ya estoy harto de nariz.»

Efectivamente; el 50 por 100 pesaba un kilo y algunos gramos.

«Traiga usted—dijo el hombre reformado—que voy á llevar eso á la familia.»

Si se generalizara este invento y se establecieran en España restauradores de narices, ¡qué felicidad para nosotros, los perjudicados en el peso ó los perjudicados en el reparto!

Las esposas pedirían á los esposos, las novias á los novios, las niñas á sus papás, que las convidaran á narices, unas por variar y otras justificadamente.

¡Qué escenas habría en los establecimientos de confección y restauración de narices!»

«Caballero; yo soy una pobre viuda, sin recursos, joven, como usted ve, no fea, como usted ve; pero desfigurada por esta interrogación que tengo por nariz; quiere usted asegurarme el porvenir corrigiéndola?»

«Diga usted, maestro: ¿quitaré dome la nariz, ¿me saldrá otra más fuerte?»

«Mire usted—dice otro,—yo quisiera una nariz para olfatear á los «ingleses» á tiro de cañón.»

«Soy un pobre cesante y estoy en la miseria; compra usted una nariz de lance? Yo pienso en pagarme un tiro, y para nada la necesito. Me recibirán lo mismo.»

EDUARDO DE PALACIO.

Efecto del aceite sobre las narices

El «Standard» ha dado cuenta varias veces de los experimentos que en que el doctor norteamericano ha dado buenos resultados.

El capitán Westley del vapor «Winghston» al hacer recientemente una travesía á Dunkerque manifestó haber usado del aceite en un tiempo.

Las crestas de las narices se deshicieron completamente y la cantidad de agua que salió á bordo no fue por ningún modo excesiva. Antes de usar el aceite, sus narices